

nos; los artistas conciben ideales que no caben dentro de los límites de una sola nacion; los concilios, verificados en el extranjero y dirigidos por franceses ó por alemanes, arrancan á Italia la suprema y santa magistratura que ejerciera en otro tiempo sobre las almas; los grandes generales italianos parecen mercenarios del poder que mas les paga y que mas les adula; los ejércitos italianos desaparecen y los Alpes y el Mediterráneo no son mas que dos brechas por donde entra perpetuamente la tiranía extranjera á hacer de Italia lo que hacian los antiguos romanos de los esclavos griegos, á hacer de Italia la musa prisionera que debe henchir de inspiraciones la atmósfera de su calabozo y el ruiseñor enjaulado que debe con sus armonías recrear á quien ha tenido el bárbaro placer de obligarle á plegar sus alas en dura servidumbre. Delante de este espectáculo tristísimo comprendereis el carácter profético de Savonarola. Cualquiera diria, al oírle, que le han arrancado al templo de Jerusalem; que le han conducido con las manos atadas á la espalda por los desiertos de Caldea; que le han puesto en las carnes vivas con hierro candente la marca de los Baltasares y de los Sardanápalos; que le han dejado á las orillas de extranjero rio, bajo los sauces llorosos, á que lamente las ruinas del santuario y la viudez de la señora de las gentes vestida de sayal y coronada de cenizas en su trágica y desesperante tristeza. Y esta inspiracion profética proviene de que Savonarola, en sus meditaciones sobre la justicia de Dios, ha comprendido cómo la culpa engendra tarde ó temprano, sin remision alguna, el castigo; y cómo las culpas de Italia estaban provocando apocalípticas é irreparables catástrofes.

Mucho decidió de la vocacion de Savonarola la ciudad, donde fijó sus destinos. Dejadlo en el lugar de su nacimiento, dejadlo en Ferrara, en aquella ciudad donde el palacio de los señores lo domina todo; y vereis como tiene que optar entre cortesano y proscrito. Ferrara, con sus fiestas báquicas, con sus bailes orgiásticos, con sus festines epicúreos, con su corte donde se esclavizan y por consiguiente se corrompen hasta los mas privilegiados ingenios, Ferrara parece propia de un Ariosto burlon, escéptico, mago, que evoca con las fórmulas de su inspiracion jardines no soñados y crea con su inventiva inagotable aventuras inverosímiles, y lleva sus lectores en alas de su hipógrifo por las regiones etéreas pobladas de figuras fantásticas, y arroja en los espa-

cios una mitología que presta á todos los objetos relieves luminosos, que juega con las ideas como un prestidigitador con sus cascabeles y sus bolillas, que arbitra una astronomía peculiar suya para burlarse hasta de las estrellas, y que recorre los sepulcros de la historia riéndose á todo reír de cuanto encuentra, porque si su predecesor el Dante fué el poeta de la muerte y el autor de la epopeya del infierno, él es el poeta de la vida y el autor de la epopeya de la alegría y del regocijo, sin mas ideal que el arte por el arte ni mas fin que el recreo y el divertimento. En ciudad así, de índole tan regocijada ¿qué hubiera hecho Savonarola con su melancolía incorregible, con sus gritos y sus clamores de náufrago, con sus invocaciones á la disciplina y á la penitencia? Él mismo, escribiendo á su familia, la cual solia conjurarle muchas veces á que fuese á Ferrara, negábase á ello, y le ponía ante los ojos la imágen de Cristo, huyendo de Nazaret al desierto á ejercer sus profecías, porque nadie, ni el mayor y mas inspirado de los hombres, puede llegar á profeta en su patria; y Savonarola, razonando filosóficamente esta sentencia, pasada ya al sentido comun de la humanidad, como cosa vulgar y corriente, decia con razon que los conciudadanos de un hombre llamado por vocaciones sobrenaturales á ministerio tan sublime como el ministerio de la profecía, y que le ven sujeto á las mismas flaquezas, á las mismas debilidades que el resto de los mortales, acordándose de haberle visto nacer de madre, mamar como el último de los mamíferos, crecer con pena, sentir el asomo de las primeras pasiones, sujetarse á la comun ley de la humanidad, no le adjudican, no, el crédito necesario, la fe precisa para que cumpla su destino y reforme la voluntad y la conciencia de sus semejantes. Así es que un verdadero instinto y una profunda intuicion le llevaron de Ferrara á Bolonia.

¿Debió quedarse en Bolonia? Cuantos hayan recorrido la Romanía, no podrán desconocer la complexion enérgica de sus habitantes, llamados por muchos, con gran sentido, los aragoneses de Italia. Pero Bolonia, ciudad semi-gala y semi-etrusca en la antigüedad, semi-lombarda y semi-carlovingia en los primeros tiempos de la Edad media, güelfa en dias posteriores, dada al Papa por su propia voluntad y luego arrepentida de su enajenacion voluntaria, entregada por los Pepolis á los Viscontis que la obligan á pelear contra su propia causa, vendida por los sobrinos de los Viscontis al Papa en pública almoneda,

encontrábase en el instante de la predicacion de Savonarola, bajo la tutela de un Bentivoglio, y bajo estas tutelas ni crecen, ni se desarrollan las dos facultades predominantes en el inmortal dominicano, el genio de la elocuencia y el genio de la reforma. Así es que, en cuanto sonó la hora de las predicaciones, vióse obligado Savonarola á dejar la ciudad de Bolonia y á partirse á Brescia.

¿Podía realmente quedarse en Brescia? Menos todavía que en Bolonia. La infeliz ciudad lombarda pasaba en aquellos tiempos por terribles aflicciones. Conquista unas veces de Milan, conquista otras veces de Venecia, carecia del aire necesario para que en ella brotasen y viviesen las ideas, carecia de la libertad. En sus campos sintió el predicador todo lo que habia en su alma del antiguo férreo carácter lombardo. Oriundo por su padre, paduano, y por su madre, mantuana, de estas sublimes regiones, sintió en ellas la vocacion del combatiente, sí, del combatiente espiritual, decidido á verter la sangre del alma y á llevar sus batallas hasta el sacrificio y el martirio. Así es que la primera voz de protesta contra la tiranía de la curia romana y la primera apelacion á la reforma eclesiástica se escaparon de sus labios en el púlpito de Brescia. Luego, aquella hermosísima naturaleza, las llanuras interminables ornadas de álamos en cuyos ramajes descansan los festones de las parras, las montañas altísimas coronadas de nieves eternas que reverberan la luz espléndida de los horizontes, las colinas á cuyos piés duermen los lagos celestes, todas estas bellezas perennes del suelo obligáronle con los efluvios de sus revelaciones á pensar mas y mas en las bellezas superiores del alma y á convertir mas y mas los ojos al cielo interior de la conciencia, todo él cargado de luminosas ideas, las cuales brillan y duran tanto como los mundos y como los soles en lo infinito.

Pero su alma necesitaba de algo mas que la naturaleza material, necesitaba de ciudades, donde la cultura fuese universalmente propia de todos los ciudadanos, y las ideas mas sublimes se respiraran en el aire y se absorbieran por todos los poros del cuerpo, y las disputas y las competencias científicas y teológicas se tuvieran á la luz del dia, y las instituciones políticas se asemejaran en mucho á las antiguas instituciones griegas, y la vida tomase la agitacion saludable y el oleaje purificador de la libertad, y cada casa guardase el nido de un genio, y cada barrio mereciese el nombre de verdadera academia, y las

legiones de artistas se cruzasen por las calles con los colegios de sabios, y las obras mas maravillosas del entendimiento humano luciesen como en sus verdaderos espacios, y el ideal tuviera el mayor, el mas bello, el mas sacro de todos sus santuarios. Y ciudades así solamente ha habido dos en el mundo, la antigua Atenas y la moderna Florencia.

¿Cómo fué Savonarola á Florencia? En el año 1486 celebrábase una reunion de los dominicanos en Reggio. Como quiera que á esta órden monástica perteneciesen los mas grandes predicadores de la Edad media, sabios de todas partes iban á presenciar sus asambleas y á oír sus debates. Entre estos sabios encontrábase el erudito incomparable, Pico de la Mirandola, que sintió en el corazon los dardos de la elocuencia del monje y en el entendimiento la vida y el ardor de sus ideas. Y ora fuese porque se lo dijera, segun unos, al prior de San Marcos; ora fuese porque se lo dijera, segun otros, á Lorenzo el Magnífico; lo cierto es que, desde aquella época data el propósito de llevarlo á Florencia, propósito realizado cuatro años mas tarde, á consecuencia de las cuaresmas que debió predicar por ciudades como Bolonia, como Pavía, como Brescia, como Génova y como tantos otros pueblos que se disputaban el pan espiritual de su divina palabra. Cuántas veces pensó, cuando estaba en Ferrara ó en Bolonia, tomar su bordon de peregrino é irse á la ciudad de Florencia, verdadero centro de su vida y verdadero engarce de su alma. Por fin, llamado á la ática poblacion, salió de Bolonia y se encaminó á pié para dar una muestra mas de su piadosísima humildad. Su idealismo le engañó, y las fuerzas le faltaron á ocho millas de su convento, á las puertas de la aldea de Pianora. La tradicion quiere que el cielo, apiadado de su fatiga, le enviara un ángel, que le acompañase y le condujese hasta la puerta de San Galo. ¡Con qué emocion profundísima entraria Jerónimo Savonarola en esta ciudad, donde le aguardaban los combates de las ideas, los triunfos de la palabra y la aureola del martirio! 7.20.10.04